

La “Idea Crítica”: Una visión del Perú desde abajo

Gonzalo Portocarrero

*Patricia Oliart**

En las líneas que siguen se intentará tipificar un discurso sobre la realidad nacional. En atención a la insistencia sobre su carácter objetivo y vocación contestataria se ha decidido, retomando uno de sus términos favoritos, llamarlo la “idea crítica del Perú”. Se trata de una serie relativamente coherente de juicios que constituye algo así como el común denominador, el núcleo fundamental, de diversas percepciones sobre la situación peruana. Es una visión del país que, sintetizando ideas largo tiempo vigentes con otras distintivamente nuevas, va ganando audiencia entre los sectores populares; moldeando con cada vez mayor fuerza sus opiniones sobre lo que el Perú es, ha sido y puede ser. La idea crítica no tiene, al menos todavía, la fijeza y simplicidad de un credo o catecismo; no obstante, sus principales apreciaciones están adquiriendo las características de estereotipos, de representaciones supuestas como autoevidentes que circulan extensamente y que son asimiladas en forma acrítica.

En la raíz de este discurso se encuentra una sensibilidad y, de otro lado, una sociología implícita, una teoría sobre las fuerzas que definen la estructura y el movimiento de la sociedad. Para la mayoría de los peruanos la situación del país no ofrece margen alguno para la complacencia. La historia del Perú aparece dominada por el signo de la frustración, y su narración es el relato de grandes injusticias, de episodios traumáticos y de esperanzas frustradas. El logro más apreciable del país, el Imperio Incaico, fue cruelmente destruido por un puñado de invasores. Se estableció así un orden social basado en la explotación y el abuso. Más tarde, la sublevación de Tupac Amaru acabó en la derrota y en la perpetuación de la servidumbre indígena. La independencia fue, ante todo, una guerra civil donde la presencia de las tropas de San Martín y Bolívar fue el factor decisivo en inclinar el resultado de la lucha a favor del

* En: Portocarrero, Gonzalo y Oliart, Patricia *El Perú desde la escuela*, Capítulo II, Instituto de Apoyo Agrario, Lima, 1989, pp. 103-120.

bando patriota. A pesar del heroísmo de muchos, la guerra con Chile se perdió y el país cedió territorios y riquezas. Finalmente, en la década del 30 el impulso democrático dirigido por el Apra fue trabado por la oligarquía y demás fuerzas conservadoras.

Es esta experiencia de fracasos reiterados la que constituye el trasfondo emocional de la idea crítica. El peruano es un pueblo secularmente humillado, y la primera tarea a la que debe responder una reflexión sobre su historia es explicar esta acumulación de frustraciones, que hoy en día se manifiesta en hechos tales como la debilidad de la integración social, la permanencia del abuso y la violencia, de la pobreza y el atraso. De hecho, el nacionalismo peruano se ha caracterizado por proponer como forma de sentir el país lo que puede llamarse el “amor doliente”; esto es, un asumir como suyo lo que se sabe imperfecto y lleno de males en el espíritu de contribuir, de alguna forma, a corregirlo. Esta propuesta se encuentra, por ejemplo, en los escritos de González Prada, donde la denuncia apasionada de los males nacionales se da la mano con las protestas de amor por el país para formar así una actitud de compromiso con su transformación.

Esta actitud contrasta con la propuesta por la “idea oficial del Perú”, largo tiempo dominante en el sistema educativo, que auspicia, en cambio, un nacionalismo complaciente que sobrevalúa la integración social y que considera la explotación y el abuso como supervivencias llamadas a desaparecer. El Perú sería resultado del mestizaje de lo indígena con lo occidental; proceso que iniciado en la colonia habría adquirido una primera y definitiva cristalización en el sector criollo mestizo. Sería este sector el que encarna la peruanidad de manera que su cultura representa el futuro del país. En un proceso evolutivo, el sector indígena iría, poco a poco, disolviéndose en el criollo-mestizo, que a su turno seguiría el camino marcado por las sociedades europea y norteamericana.

Es claro que la “idea oficial” no corresponde ni a la experiencia histórica ni a la sensibilidad de la mayoría del pueblo peruano. No obstante, esta idea tuvo amplia circulación y plausibilidad hasta mediados de los setenta, durante la época en que el rápido crecimiento económico y la considerable movilidad social parecían corroborar su tono idílico y sus promesas de progreso indefinido. Aun así, la “idea oficial” suponía para las mayorías el olvido de un pasado signado por la opresión. Pero para el hijo del campesino que se convertía en profesional de relativo éxito, por ejemplo, esta visión de la historia resultaba aceptable y hasta atractiva, puesto que le permitía explicar la

redefinición de su identidad -dejar atrás lo indígena y asumir lo criollo- como parte de un proceso lógico y natural.

Pero aun cuando la sensibilidad que fundamenta la idea crítica estuviera presente desde hace mucho tiempo, para que ella fuera formulada y asimilada por amplias capas de la población eran necesarios el retroceso de la religiosidad colonial y, además, la aparición de una ideología que explicara racionalmente las frustraciones y el sentimiento de ser víctima.

No es tarea del presente ensayo el caracterizar la religiosidad colonial. Baste con decir que ella daba una explicación del sufrimiento y la frustración que tendía a ennoblecerlos, a convertirlos en el precio que el hombre necesariamente ha de pagar para acceder al cielo. La imagen de un Dios que pone a prueba al hombre haciéndolo sufrir, fue un elemento básico de la dominación tradicional. Con esta imagen en el trasfondo, el explotado ve en sus padecimientos los méritos que más tarde le serán debidamente reconocidos y adecuadamente compensados. Por tanto, en vez de la rebelión, es la resignación el estado de ánimo con que hay que enfrentar la opresión y la injusticia. La decadencia de la religiosidad colonial debilita la justificación trascendente del sufrimiento y cuestiona la legitimidad de la dominación tradicional. El oprimido ve en su situación ya no la prueba de Dios sino la conveniencia de otros hombres.

De otro lado, la difusión del marxismo proporciona los elementos ideológicos que permiten explicar en forma "científica" la experiencia vivida. A la luz del marxismo, de la idea crítica, el pueblo aparece como estafado y engañado y la nueva visión del Perú como un despertar a la conciencia, como la revelación de lo que las clases dominantes han ocultado. Concretamente, hay dos hipótesis marxistas que constituyen lo distintivo de la sociología implícita en la idea crítica. Ambas, además, han echado raíces sobre suelo fértil, han reforzado y potenciado actitudes vigentes en el sentir popular.

La primera se refiere al interés económico como la motivación primordial del comportamiento humano. La causa profunda y verdadera de cualquier medida política está en la intención de aumentar o asegurar la explotación, mientras tanto las palabras y razones son mera ideología, intentos de confundir y crear ilusiones sin base. Esta hipótesis funciona como un canon de interpretación de la política, que queda así reducida a un juego de fuerza entre un rival que sabe muy bien lo que quiere y otro

que recién aprende a no dejarse engañar. A pesar de que formulada de esta manera esta idea proviene del marxismo, debe tenerse en cuenta que ella reafirma o consagra una actitud espontánea de los de abajo. La desconfianza, la sospecha por todo lo que viene desde arriba, constituyen en el Perú rasgos característicos de la mentalidad popular que son resultado de la experiencia de siglos de explotación. Jorge Juan y Antonio Ulloa, viajeros españoles de inicios del S. XIX, notaban por ejemplo que “Cuando las cholas o cholitos pastean ganados por los campos inmediatos a los caminos, o andan ocupados en alguna otra faena, y ven venir de lejos a algún español, abandonan los rebaños y sementeras, y corren despavoridos por las quebradas más ásperas a quitarse de la vista de los españoles, como de gente que no dejará de maltratarlos”.¹

La segunda considera la lucha de clases como el hecho esencial de la historia. En especial se trata de rescatar la presencia del pueblo como actor de su destino. Frente a la historiografía oficial, que margina la participación popular y que se agota en el esquema fechas-personajes-acontecimientos, la idea crítica entiende la historia como lucha, como enfrentamiento entre explotadores y explotados. El pueblo representa la ciencia, el progreso y la igualdad social; los sectores dominantes la oscuridad, la explotación y la decadencia moral. Las figuras que encarnan la resistencia popular frente a la dominación de minorías (Tupac Amaru en primer lugar) pasan a convertirse en los héroes máximos del panteón de la idea crítica en desmedro de otros (Grau, Bolognesi) que sin dejar de ser reconocidos son ubicados, sin embargo, en un segundo plano. Como en el caso anterior, esta idea conceptualiza una experiencia común del pueblo peruano: nada se consigue sino es a costa de sangre. Al respecto, un profesor chiclayano manifiesta lo siguiente: “(debemos) olvidar el liderazgo para tomar a las bases como ejecutantes del actuar histórico. El hecho histórico no lo hace un personaje, lo hacen las masas; entonces, siempre tratamos de corregir esos datos burgueses tipo líder para ubicarlo en la conciencia del alumno que él mismo puede ser un revolucionario y en conjunto hacer una revolución más grande que sus antepasados”.

Es sobre esta base emocional y doctrinaria que la idea crítica se elabora como una nueva lectura de la realidad del país. Los rasgos más saltantes de la situación peruana serían los siguientes:

¹ Citado por Jose Varallanos “EL Cholo y el Perú”. Ed. López, Bs. As. 1962, p. 22.

1. La riqueza natural

La idea según la cual el Perú cuenta con un territorio vasto y rico en recursos naturales, especialmente mineros, tiene su origen en el siglo XVI. El vocablo Perú fue desconocido en el Tawantinsuyo y surgió como resultado de un mal entendido. Antes de conocer el imperio de los incas los españoles se referían a las tierras del Sur como Perú “nombre del cacique de una tribu panameña, vecino del golfo de San Miguel llamado Birú”.² En base a unas pocas pero alentadoras noticias sobre las riquezas de esos territorios, los conquistadores los imaginaron abundantes en oro y plata. Más tarde la invasión española y el saqueo de los tesoros de los dioses indígenas corroboraron la idea de que el Perú era un país fabulosamente rico. Desde entonces, un elemento básico de la autopercepción de los peruanos ha sido el considerarse habitantes de un territorio bendecido por la naturaleza con amplios y variados recursos.

Más tarde, el descubrimiento más o menos inesperado de recursos como el guano, el salitre, el caucho, el petróleo y el cobre confirmaron esta percepción, enraizándola en el sentido común. La creencia de que la selva es un espacio despoblado pero potencialmente rico pertenece también a la misma familia de representaciones. De hecho, la idea crítica retoma estos estereotipos convirtiéndolos en base de su visión del país.

2. El Imperialismo

Pero a pesar de sus riquezas -supuestas o reales- el Perú es un país pobre y subdesarrollado. ¿Cómo explicar entonces la coexistencia de la riqueza natural con la pobreza humana? Al decir Raimondi que el Perú era un “mendigo sentado en un banco de oro” sugería que la respuesta debería buscarse tanto en la ignorancia como en la falta de capitales de los peruanos para explotar su territorio. Para la idea crítica las cosas son distintas; el Perú es un mendigo al que le han robado, y continúan robándole, su banco de oro. El Perú habría sido sistemáticamente saqueado por el imperialismo, y el mayor obstáculo a su desarrollo son las “ataduras” que lo “amarran” a los países ricos e industrializados.

² Raúl Porras Barrenechea. “El nombre del Perú”, en *Antología*. Ed. Crepúsculo de América, Lima, 1971, p. 69.

El antiimperialismo de la idea crítica tiene una base más emotiva que racional. Es así que muchos de sus difusores no saben precisar una razón definida que justifique su actitud. Son, por ejemplo, frecuentes los que pretenden atribuir los males del Perú al hecho de que “todo se exporta y no se consume en el país”; otros, en cambio, afirman que los problemas estarían en que “todo se importa y así no podemos desarrollarnos”. Se trata de opiniones tan fuertes que no requieren de mayor fundamento. El imperialismo es percibido como algo más que la acción depredadora de las empresas transnacionales o las demandas de subordinación política. Para la idea crítica, es una fuerza total que tan pronto exige la entrega del petróleo o del cobre como se filtra a través de los medios de comunicación para desvalorizar lo nacional y propiciar lo extranjero. El imperialismo es sentido como algo demoníaco: una presencia oscura pero infaltable, siempre dispuesto a aprovecharse del país.

En la mayoría de los casos, el antiimperialismo representa un intento de analizar los problemas del país bajo la presión que significa el sentimiento de ser víctima. Esta actitud resulta plausible para los sectores sociales que tienen la experiencia de no poder controlar o influir su destino y que, además, se sienten despreciados y marginados en su propio país; es decir, para la mayoría de los peruanos. Así, la poca sofisticación conceptual no resulta un obstáculo para la creencia en un imperialismo concebido como algo pérfido frente al cual se debe tener mucha rabia, pero también mucho cuidado.

3. Los gobernantes

Luego de la independencia del dominio español el país pasó a manos del imperialismo inglés y se encuentra ahora en la órbita del norteamericano. En este proceso los gobernantes, lejos de velar por los intereses nacionales, han preferido aprovechar las prebendas ofrecidas por las empresas transnacionales a cambio de su aprobación para explotar al país.

De aquí que para algunos portadores de la idea crítica no habrá posibilidad de cambios importantes mientras no se transforme el Estado de manera radical; esto es, hasta que no se modifique su contenido de clase. Para otros, en cambio, es posible que gobiernos nacionalistas y preocupados por el pueblo logren controlar los excesos del imperialismo.

En ambos casos, sin embargo, existe el sentimiento de que el proceso político es algo ajeno y distante sobre el que se puede ejercer muy poca o ninguna influencia. Es claro que esta percepción traduce la escasa participación que han tenido los sectores populares en la política. En efecto, muy pocas veces han sido convocados y, con frecuencia, el resultado ha sido más la manipulación de su expectativa que una representación auténtica de sus intereses.

A continuación se ofrecen algunas citas donde se pueden apreciar algunos juicios típicos de la idea crítica. Se trata de declaraciones de profesores de secundaria.

“Nuestro país es muy rico y tiene bastantes recursos, pero que no son debidamente aprovechados. Es un país donde los recursos están siendo aprovechados por otros países, por empresas transnacionales” (Lima).

“(...) el problema no está en la cantidad de recursos que tenemos sino en la mala administración de esos recursos (...) nuestra administración no los aprovecha en un 100% y si están en manos de las transnacionales por ejemplo, nosotros estamos al servicio de ellos y no ellos al servicio de nosotros” (Cusco).

“(...) y eso es responsabilidad de los gobiernos que no han defendido los intereses del país, que se han prestado a entregarnos cada vez más. (...) Tal vez con este gobierno; yo no soy aprista, pero hay cosas que se están haciendo que pueden ser muy beneficiosas” (Puno).

“En nuestro país surge la imperiosa necesidad de un cambio de estructuras, porque si vamos a seguir solamente determinando reformas para mí no es nada convincente” (Cusco).

4. El “amor a lo nuestro”

Formulado así por los portadores de la idea crítica, este sentimiento se convierte en una consigna, cuyo acatamiento protege a los peruanos del peligro de la alienación cultural, de la desaparición de los rasgos que identifican o constituyen “lo peruano”. Si bien el contenido de “lo nuestro” no es muy preciso, pues se refiere a aspectos muy diversos según las circunstancias, la intención detrás de la fórmula es la de crear conciencia respecto a la necesidad de defender el patrimonio del país, no sólo económico sino también cultural. Se denuncia que el imperialismo arrincona y falsea la cultura nacional al difundir valores, costumbres y patrones de consumo

originados en las metrópolis, generándose así sentimientos de “amor a lo extranjero” y de “desprecio por lo nuestro”.

¿Qué es lo “nuestro”? Es todo aquello que tiene raíces en el país, es lo “auténtico”. Pero en el término hay una pretensión de absoluta originalidad que no tiene mucho asidero, puesto que con él se alude tanto a elementos culturales prehispánicos como a coloniales e, inclusive, republicanos. En realidad, existe una dificultad característica para aceptar préstamos culturales aun cuando es evidente que la influencia de ayer se convierte en el producto nativo de hoy. Pero por encima de los equívocos a que puede conducir esta actitud, lo más importante es que ella expresa un reclamo de autenticidad y de afirmación de los valores nacionales, no necesariamente porque sean mejores sino porque son propios. Además, en esta actitud se revela también un cierto temor por la fragilidad o precariedad de lo “peruano”, hecho que haría necesario protegerlo frente a la competencia de lo extranjero.

“Viene la televisión y nos sepulta totalmente, nos sepulta con sus propagandas...nos estamos desvalorizando, nos estamos desculturizando lo nuestro para aceptar lo otro. Ocurre así con todo, con nuestras costumbres, con nuestra música... nos estamos desconociendo, nos estamos abandonando a lo extranjero, no cuidamos lo nacional” (Arequipa).

Pero muchas veces esta actitud defensiva traduce un tradicionalismo romántico de desconfianza hacia lo nuevo y de valoración indiscriminada de prácticas sociales y culturales por su condición de ancestrales.

5. El Imperio Incaico

Según algunos -la mayoría- de los portadores de la idea crítica, el paradigma social hacia el cual debe volverse la vista es el imperio incaico. Los antiguos peruanos supieron ser autónomos, logrando autoabastecerse sin depender de nadie. Fue una sociedad que aprovechó plenamente y para el beneficio común sus recursos naturales y humanos. Además las leyes se cumplían de manera que había orden y estabilidad.

“Lo que a mí me parece más importante (del imperio incaico) es su parte económica, cómo ellos se abastecían solos, cómo los incas solos, independientemente ellos desarrollaron en todo sentido para esa época, en cambio nosotros tenemos que estar supeditados al imperialismo y ese es el enemigo más grande. En cambio nosotros en

esa época, solitos hacíamos las cosas, utilizábamos recursos que los teníamos a la mano (...) en cambio nosotros estamos acostumbrados a pedir al extranjero todo (...) yo siempre en mis clases de historia de la república regreso al incanato” (Puno).

“Es un período que se interrumpió bruscamente. Si nosotros hubiéramos tenido un desarrollo autónomo, en estos momentos no estaríamos con los problemas sociales, políticos, culturales y económicos que tenemos hoy. (...) Fue una sociedad mucho más justa” (Cusco).

“En aquella época no pasaba lo que ahora. Había un cuidado muy decidido de parte del Estado. Por otro lado, las leyes incaicas se cumplían, no había perdón, no había “borrón y cuenta nueva” (Cusco).

Alberto Flores Galindo en diversos textos ha señalado cómo a partir de la conquista los indios idealizaron el imperio, de manera que en la memoria colectiva éste se convirtió en una suerte de edad de oro, de bienestar y abundancia que acaso podría retornar. Más tarde, la historiografía oficial retomó esta imagen, pero considerando al imperio como algo definitivamente cancelado e históricamente superado. La idea crítica, mientras tanto, lo considera como un modelo que si bien no puede ser reconstruido en sus detalles, sí tiene, en cambio, vigencia como ejemplo de una sociedad justa, armónica e independiente. Es importante resaltar que no aparece la democracia política como aspiración. Además, para algunos la conquista aún no ha terminado ni terminará jamás. La invasión española dio lugar a una resistencia que se prolonga hasta el presente y hoy se libran las primeras batallas de la reconquista.

Una nueva capa de intelectuales, provenientes de estratos sociales secularmente marginados y oprimidos, ha logrado elaborar una visión del país que significa sintetizar la ideología radical de la universidad nacional con el sentir popular y sus tradiciones. Para que el discurso radical pudiese salir de la universidad, para llegar a sectores populares con un menor nivel de educación formal, era necesario que sufriera una serie de transformaciones tanto a nivel de lenguaje como de contenidos. Este proceso se dio progresivamente. Conforme los estudiantes salieron a la calle a divulgar las ideas radicales, su discurso, en una suerte de reacción adaptativa, se fue haciendo menos doctrinario, más simple y cotidiano. Pero no se trata sólo de un mero refraseo de las mismas ideas en un lenguaje más llano; aun más importante ha sido el retomar actitudes y temas del sentir popular ignorados por el radicalismo universitario. Este es el caso de la alta valoración del imperio incaico y de la cultura andina y, en general de lo “nuestro”. En efecto, mientras que para el discurso universitario el

Imperio Incaico era un régimen de clases basado en la explotación; para la idea crítica constituye un modelo, un ejemplo de sociedad de la que mucho se puede aprender y de la que se debe sentir mucho orgullo. Otro tanto ocurre en referencia a la cultura y el nacionalismo: la ideología radical los inscribe en el terreno deleznable de las superestructuras. Para la idea crítica, en cambio, se trata de hechos esenciales y definitorios de la identidad peruana. Finalmente, otro hecho que explica la rápida divulgación de la idea crítica es el apelar a la emoción, a los sentimientos como factor determinante de la evidencia y la certeza. El discurso universitario se dirige, en cambio, más a la razón, y se plantea como un conjunto de verdades científicas y demostrables.

La Universidad Nacional de la década del 60 fue el espacio donde se gestó el núcleo ideológico de la idea crítica. Es en esa década que la universidad peruana sufre transformaciones muy profundas. En primer lugar, en 1959 el APRA es desplazado en forma definitiva del liderazgo del movimiento estudiantil en San Marcos. Poco después la coalición triunfante se fragmenta y emerge la izquierda marxista como la fuerza hegemónica. En los años siguientes este control se afirmará, hasta que la izquierda logre una posición de virtual monopolio político del movimiento estudiantil. En segundo lugar, paralelamente a la radicalización política, se produce una aceleradísima expansión de la matrícula, hecho que permite el acceso a la Universidad de sectores antes marginados.

Como puede apreciarse, en sólo ocho años la población estudiantil se triplica, creciendo en especial la matriculada en Educación y Humanidades. Para algunas Universidades este crecimiento significa un proceso de democratización; otras, las fundadas en la década del 60, nacen ya democráticas en la composición social de su alumnado.

Cuadro 1
Alumnos matriculados en la Universidad Peruana
(En miles)

	Total	Ciencias	Educación	Humanidades	Otros
1960	30.4	2.6	6.3	11.8	10.2
1965	64.5	3.3	23.7	22.4	15.1
1968	93.9	4.7	31.9	34.6	22.7

Fuente: Bernal, Enrique: "Movimientos sociales y movimientos universitarios en el Perú". Fondo editorial de la PUC. Lima, 1975, p. 64.

Cuadro 2
Composición de la población estudiantil según ocupación del padre

	Cerro de Pasco (1)	Huancayo (2)	Arequipa (3)	Lima (4)	Lima (5)
Empresarios y profesionales	3.0	7.0	4.0	5.0	35.0
Empleados	27.0	26.0	22.0	15.0	23.0
Pequeños Agricultores	9.0	10.0	11.0	10.0	1.0
Obreros y Técnicos	28.0	21.0	23.0	20.0	2.0
Pequeños Comerciantes	12.0	17.0	14.0	15.0	8.0
No responden	21.0	19.0	26.0	35.0	31.0

- (1) Daniel Alcides Carrión.
- (2) U. N. Centro.
- (3) U. N. San Agustín.
- (4) La Cantuta.
- (5) U. de Lima.

Fuente: CONUP: "Algunas Características socio-económicas de los postulantes y estudiantes de la universidad peruana". Lima, 1972.

Los que elaboran y difunden la idea crítica son sobre todo los profesores. En la universidad nacional, la Facultad de Educación es normalmente el centro de atracción de los alumnos más pobres. Y, dentro de ella, el área de Ciencias Histórico-Sociales en especial. Las razones de esta atracción tienen que ver con el carácter poco exigente de los estudios y con la posibilidad de obtener un puesto de trabajo que aunque esté mal remunerado es estable y, por lo menos hasta inicios de la década del 70, fácil de conseguir. De esta manera, para hijos de campesinos o hijas de empleados o pequeños comerciantes, la carrera magisterial resulta una alternativa atractiva. Por su composición social, el tipo de estudios que se realizan y las pobres perspectivas económicas que ofrece la profesión, la Facultad de Educación resulta de las más radicales en la universidad. Los cursos de materialismo dialéctico e histórico suelen ser obligatorios, y la enseñanza de historia también está influida, cuando no dominada, por el marxismo.

Más tarde, ya egresado, el profesor tendrá que basarse en los conocimientos adquiridos en la universidad para implementar sus clases. Su acceso a la bibliografía especializada es por lo general muy reducido debido tanto a lo exiguo de las remuneraciones como a la falta de incentivos. A los problemas señalados se suma en provincias la casi inexistencia de librerías; los materiales bibliográficos accesibles al profesor son las revistas chinas o soviéticas, separatas mimeografiadas, manuales de tecnología educativa vendidos por los ambulantes o en alguna feria del libro organizada en el local del SUTE o en la universidad, donde pueden ser adquiridos a precios módicos.

En el transcurso de su magisterio el profesor tiene posibilidades de adaptar lo aprendido en la universidad a la comprensión de niños y adolescentes. Es en este proceso que surge la idea crítica. El profesor impulsado por su vocación y por la identificación con su pueblo se esforzará en llegar a la conciencia de sus alumnos para sembrar en ellos sus ideas y su compromiso. La situación de sus estudiantes - abundancia de tuberculosos y subalimentados, muchos provenientes de familias destruidas- se convierte en un factor más que fuerza su radicalización.

En el mapa ideológico de la sociedad peruana la idea crítica ocupa un lugar cada vez más importante. Se encuentra en el dirigente popular, en el profesor de colegio y hasta en el militante de base que, a diferencia de antes, se preocupa menos de las afiliaciones internacionales de su partido que de la situación en el Perú. Los que están más lejos de ella son, en cambio, los líderes partidarios que se han acercado más a experiencias de gestión y responsabilidad.

A nivel de los movimientos sociales, la idea crítica se encuentra asociada a un culto a la lucha y a la combatividad, a una desconfianza hacia el diálogo y a una presteza para tomar medidas de fuerza. Cada lucha es una batalla de la guerra contra el imperialismo. ¿Pero después del triunfo...qué? En el contexto de la idea crítica no surge la pregunta. Por lo pronto, lo importante es luchar, después se verá qué se hace. En todo caso, la pregunta se encuentra reprimida, puesto que plantearla sería introducir un elemento de incertidumbre y vacilación que podría atentar contra su evidencia.

En la figura puede observarse lo esencial de la idea crítica. Un viejo campesino relata a dos niños los episodios que marcan la historia de su pueblo. La era prehispánica es tranquila y hasta idílica: el ganado patea y el hombre labra el campo

mientras la mujer parece cargar papas. Los invasores llegan por el mar y sojuzgan a los pueblos nativos. Se inicia una era de explotación, sufrimiento y llanto. Pero finalmente el pueblo comienza a luchar contra la dominación. La lección de historia transcurre en el altiplano en un medio dominado por las chulpas, por la presencia de los viejos muertos. El autor del dibujo hace un uso eficaz del repertorio simbólico tradicional para transmitir su mensaje: el pueblo fue avasallado pero no conquistado y hoy surge poderoso y desafiante. La imagen ofrece un mensaje que llega a la conciencia como una impresión. A pesar de no ser analizados, los símbolos producen un conjunto de resonancias, tienen la capacidad de evocar ideas y emociones produciendo el “¡Ajá!...así es la cosa”, en quien viéndolos reconoce en ellos algo de su experiencia.



Frente al conocimiento simbólico que comunica la imagen, ¿cuál es el valor de la palabra escrita? en una época dominada por los medios auditivos y/o visuales ¿cuál es el sentido y la ventaja de la escritura? Ensayando una defensa se podría decir que el discurso escrito es -a diferencia del dibujo- tal vez el medio más apto, aunque diste en ser el único, de reconstruir los condicionamientos que cercan la acción de manera de ampliar el margen de su libertad. En el texto se trata de verbalizar lo que se ve, de hacerlo comunicable recurriendo a la razón. Se puede ser consciente, entonces, de las causas de las impresiones, que de otra manera se sufren sin que se sepa el porqué.

En general, la idea crítica puede considerarse como resultado de una lectura de la realidad peruana a la luz de una ética igualitaria, del impulso democrático que hoy atraviesa el país. Desde esta perspectiva, el pasado colonial aparece como oprobioso y el futuro como lucha y esperanza.